

Tener y no tener

• El Nuevo Día 18 Oct 2025 Cezanne Cardona Morales



Que apaguen las máquinas de freír papas; que el cocinero no ponga el pan en la plancha ni el queso encima de la carne; que el pitido electrónico no avise que los nuggets ya están listos; o que se acabe todo el mayo ketchup del mundo, porque la cajera que me atiende fue mi maestra de español de noveno grado, y yo solo quiero agradecerle, como Dios manda. Pero el gerente que fustiga a los empleados no me deja, y el de atrás en la fila tiene prisa o gadejo, y su mirada amenaza el compendio de biografías que intercambiamos mi maestra y yo entre el tamaño de la bebida y los años; entre la lechuga y el dinero que nos falta; entre la mayonesa, mis pocas canas y las muchas de ella; entre el queso suizo y la nostalgia; entre la cebolla, sus nietos y mis hijos; entre el pan, la mostaza y los pañales de sus padres encamados; entre el ketchup y la rabia. Sí, la rabia de saber que Wanda Vázquez tendrá su jugosa jubilación -con todo y escolta- pero mi maestra, después de treinta años de servicio, está ahí, frente a una caja registradora, tomándose la orden porque su jubilación no le alcanza, y además tiene que cuidar a sus padres con Alzheimer, y no tiene para un asilo, o solo le alcanza para pagarle a una enfermera que los cuida mientras ella le toma la orden a otros alumnos como yo, que tardamos demasiado en pedirle un combo con refresco y papitas a la que nos enseñó a escribir ensayos.

Miro el menú y lo que veo son los acentos y las comas que mi maestra me ponía con bolígrafo rojo -como debe ser. Miro el menú y lo que veo son los cuentos y las novelas que leímos; los poemas que debíamos aprendernos de memoria para el lunes. Miro el menú y lo que veo es su pizarra llena toda, como vientre de ballena. Miro el menú y lo que en realidad quisiera pedir no es el clásico combo, sino un Julia de Burgos con jamón de pavo, o un Palés Matos a la plancha, o un José Luis González al grill, o un Lloréns Torres con pico de gallo, o un Lola Rodríguez de Tió con pasta carbonara, o un Belaval al ajillo, o un Abelardo empanado, o un René Marqués doble carne, con queso y bacon. Entonces no había sagas de varitas mágicas, ni épicas baratas, ni ángeles ni vampiros de segunda, ni mundos paralelos ni toda esa mala literatura llamada juvenil especialista en borrar a los pobres y marginados del país en el que vivimos, por aquello de no sonar socialista o herir sensibilidades religiosas y empresariales.

Del método de pago pasamos a nuestros vivos y muertos, de la bandeja con servilletas en el counter a su remplazo de rodilla pospuesta. Y me ofreció café, jugo o un muffin, obligada por el libreto gerencial, y yo aproveché para agradecerle por “La víspera del hombre”, por “Usmaíl”, y por “El mar y tú”. Ella me sonrió casi llorosa y cuando me dio el recibo le tomé su mano con mis dos manos, como improvisando un abrazo. ¿Por qué esos counters no tienen espacio para un abrazo de maestra jubilada con alumno cuarentón con dos o tres trabajos?

Por supuesto que quise detener el tiempo. Por supuesto que miré mal al gerente por ajorarla, inconsciente de que mi maestra, después de aquel turno, empezaría otro en su casa con sus padres encamados. Por supuesto que quise convocar a todos esos cínicos de oficio que se la pasan diciendo que aquí no trabajamos, o que aquí deberían aumentar la edad para la jubilación, o que aquí nos quejamos mucho, o que en otros países es peor, y preguntarles si les gustaría que sus madres, después de treinta años de servicio, estuvieran allí, frente al counter. Por supuesto que tuve que adaptar la pregunta con la que arranca aquella novela de Hemingway, que no es ni tan famosa ni tan leída: ¿Saben ustedes cómo es el país cuando los jubilados salen de sus trabajos y cambian los pañales de sus padres, con dolor en los hombros, en los bolsillos y en el alma?

Por supuesto que terminaré ahí, donde está mi maestra, y lo haré con mucha honra, aunque me joda que Wanda Vázquez goce de su jugosa jubilación con escolta después de haberles vendido el país a unos banqueros venezolanos. Y, por supuesto, cuando eso pase, no duden que exigiré que los restaurantes de comida rápida tengan al menos un counter con espacio para los abrazos entre alumnos y maestros.